Resistió Fr. Bartolomé que se ponga la cruz en los tránsitos.

Diaz se opusieron á este dictámen, persuadiéndole á que seria temeridad fiar la santa cruz de unos bárbaros mal instruidos, que podrian hacer alguna indecencia con ella, ó por lo ménos la tratarian como á sus ídolos, si la venerasen supersticiosamente, sin saber el misterio de su representacion. Fué de su piedad el primer movimiento de la proposicion; pero de su entendimiento el conocer sin repugnancia la fuerza de la razon.

Padece mucho el ejército en la sierra.

Entróse luego en lo áspero de la sierra, primera dificultad del camino de Méjico, donde padeció mucho la gente, porque fué necesario marchar tres dias por una montaña inhabitable, cuyas sendas se formaban de precipicios. Pasaron á fuerza de brazos y de ingenio las piezas de artillería, y fatigaban mas las inclemencias del tiempo. Era destemplado el frio, recios y frecuentes los aguaceros; y los pobres soldados, sin forma de abarracarse para pasar las noches, ni otro abrigo que el de sus armas, caminaban para entrar en calor, obligados á buscar el alivio en el cansancio. Faltaron los bastimentos, última calamidad en estos conflictos, y ya empezaba el aliento á porfiar con las fuerzas, cuando llegaron á la cumbre. Hallaron en ella un adoratorio y gran cantidad de leña; pero no se detuvieron, porque se descubrian de la otra parte algunas poblaciones cercanas, donde acudieron apresuradamente á guarecerse, y hallaron bastante comodidad para olvidar lo padecido.

Faltaron los bastimentos.

Llegan á Zocothlan.

Empezaba en este parage la tierra de Zocothlan, provincia entónces dilatada y populosa, cuyo cacique residia en una ciudad del mismo nombre situada en el valle donde terminaba la sierra. Dióle cuenta Hernan Cortés de su venida y designios, haciendo que se adelantasen con esta noticia dos Indios Zempoales que volvieron brevemente con grata respuesta: y tardó poco en descubrirse la ciudad, poblacion grande que ocupaba el llano suntuosamente. Blanqueaban desde léjos sus torres y sus edificios: y porque un soldado portugues la comparó á Castilblanco de Portugal, quedó unos dias con este nombre. Salió el cacique á recibir á Cortés con mucho acompañamiento; pero con un género de agasajo violento, que tenia mas de artificio que de voluntad. La acogida que se hizo al ejército fué poco agradable, desacomodado el alojamiento, limitada la asistencia de los víveres, y en todo se conocia el poco gusto del hospedage; pero Hernan Cortés disimuló su queja, y reprimió el sentimiento de sus soldados, por no desconfiar aquellos Indios de la paz que les habia propuesto, cuando trataba solo de pasar adelante, conservando la opinion de sus armas, sin detenerse á quedar mejor en los empeños menores.

Visita el cacique á Cortés.

Poco agasajo en Zocothlan.

CAPITULO XV.

Visita segunda vez el cacique de Zocothlan á Cortés: pondera mucho las grandezas de Motezuma. Resuélvese el viaje por Tlascala, de cuya provincia y forma de gobierno se halla noticia en Jacazingo.

epite su visita el cacique.

El dia siguiente repitió el cacique su visita, y vino á ella con mayor séquito de parientes y criados: llamábase Olinteth; y era hombre de capacidad, señor de muchos pueblos, y venerado por el mayor entre sus comarcanos. Adornóse Cortés para recibirle de todas las esterioridades que acostumbraba: y fué notable esta sesion, porque despues de agasajarle mucho y satisfacer á la cortesía, sin faltar á la gravedad, le preguntó, creyendo hallar en él la misma queja que en los demas: *Si era súbdito del rey de Méjico.* A que respondió prontamente: *¿Pues hay alguno en la tierra que no sea vasallo y esclavo de Motezuma?* Pudiera embarazarse Cortés de que le respondiese con otra pregunta de tanto arrojamiento; pero estuvo tan en sí, que no sin alguna irrision le dijo: « Que sabia poco del mundo, pues él y aquellos compañeros suyos « eran vasallos de otro rey tan poderoso, que tenia muchos súb- « ditos mayores príncipes que Motezuma. » No se alteró el cacique de esta proposicion; ántes sin entrar en la disputa ni en la comparacion, pasó á referir las grandezas de su rey, como quien no queria esperar á que se las preguntasen, diciendo con mucha ponderacion: « Que Mote- « zuma era el mayor príncipe que en aquel mundo se conocia: que « no cabian en la memoria ni en el número las provincias de su « dominio: que tenia su corte en una ciudad incon- « trastable fundada en el agua sobre grandes lagu- « nas: que la entrada era por algunos diques ó calzadas inter- « rumpidas con puentes levadizos sobre diferentes aberturas por « donde se comunicaban las aguas. Encareció mucho « la inmensidad de sus riquezas, la fuerza de sus « ejércitos, y sobre todo la infelicidad de los que no le obedecian: « pues se llenaba con ellos el número de sus sacrificios, y morian « todos los años mas de veinte mil hombres, enemigos ó rebeldes « suyos, en las aras de sus dioses. » Era verdad lo que afirmaba; pero la decia como encarecimiento, y se conocia en su voz la influencia de Motezuma, y que referia sus grandezas mas para causar espanto que admiracion.

Respuesta notable del cacique.

Encarece las grandezas de Motezuma.

La fortaleza de Méjico.

Las opulencias de su corte.

Penetró Hernan Cortés lo interior de su razonamiento; y teniendo por necesario el brio para desarmar el aparato de aquellas ponderaciones, le respondió: « Que

Animosa respuesta de Cortés

« ya traia bastante noticia del imperio y grandezas de Motezuma, « y que á ser menor príncipe, no viniera de tierras tan distantes á « introducirle en la amistad de otro príncipe mayor. Que su em- « bajada era pacífica, y aquellas armas que le acompañaban ser- « vian mas á la autoridad que á la fuerza: pero que tuviesen en- « tendido él y todos los caciques de su imperio, que deseaba la « paz, sin temer la guerra: porque el menor de sus soldados bas- « taria contra un ejército de su rey. Que nunca sacaria la espada « sin justa provocacion; pero que una vez desnuda, llevaré (dijo) « á sangre y fuego cuanto se me pusiere delante: y me asistirá la « naturaleza con sus prodigios, y el cielo con sus rayos; pues « vengo á defender su causa, desterrando vuestros vicios, los er- « rores de vuestra religion, y esos mismos sacrificios de sangre « humana que referis como grandeza de vuestro rey. » Y luego á sus soldados (disolviendo la visita): « Esto, amigos, es lo que « buscamos, grandes dificultades y grandes riquezas: de las unas « se hace la fama, y de las otras la fortuna. » Con cuya breve oracion dejó á los Indios ménos orgullosos, y con nuevo aliento á los Españoles: diciendo á unos y otros con poco artificio lo mismo que sentia; porque desde el principio de esta empresa puso Dios en su corazon una seguridad tan estraordinaria, que sin despreciar ni dejar de conocer los peligros, entraba en ellos como si tuviera en la mano los sucesos.

Seguridad de su ánimo.

Cinco dias se detuvieron los Españoles en Zocothlan: y se conoció luego en el cacique otro género de atencion; porque mejoraron las asistencias del ejército, y andaba mas puntual en el agasajo de sus huéspedes. Dióle gran cuidado la respuesta de Cortés, y se conocia en él una especie de inquietud discursiva, que se formaba de sus mismas observaciones, como lo comunicó despues al padre fray Bartolomé de Olmedo. Juzgaba por una parte que no eran hombres los que se atrevian á Motezuma; y por otra, que eran algo mas los que hablaban con tanto desprecio de sus dioses. Notaba con esta aprehension la diferencia de los semblantes, la novedad de las armas, la estrañeza de los trages y la obediencia de los caballos: pareciéndole tambien que tenian los Españoles superior razon en lo que discurrian contra la inhumanidad de sus sacrificios, contra la injusticia de sus leyes, y contra las permisiones de la sensualidad, tan desenfrenada entre aquellos bárbaros, que les eran lícitas las mayores injurias de la naturaleza: y de todos estos principios sacaba consecuencias su estimacion para creer que residia en ellos alguna deidad: que no hay entendimiento tan incapaz que no conozca la fealdad de los vicios, por mas que los abrace la voluntad, y los desfigure la costumbre. Pero le tenia tan poseido el temor de Motezuma, que aun para confesar la fuerza que le hacian

Observaciones del cacique de Zocothlan.

Fácil de conocer la fealdad de los vicios.

Teniale atemorizado Motezuma.

estas consideraciones, echaba ménos su licencia. Contentóse con dar lo necesario para el sustento de la gente: y no atreviéndose á manifestar sus riquezas, anduvo escaso en los presentes; y fueron su mayor liberalidad cuatro esclavas que dió á Cortés para la fábrica del pan, y veinte Indios nobles que ofreció para que guiasen el ejército.

Movióse cuestion sobre el camino que se debia elegir para la marcha: y el cacique proponia el de la provincia de Cholula, por ser tierra pingüe y muy poblada, cuya gente, mas inclinada á la mercancía que á las armas, daria seguro y acomodado paso al ejército: y aconsejaba con grande aseveracion que no se intentase la marcha por el camino de Tlascala, por ser una provincia que estaba siempre de guerra, y sus habitadores de tan sangrienta inclinacion, que ponian su felicidad en hacer y conservar enemigos. Pero los Indios principales que gobernaban la gente de Zempoala dijeron reservadamente á Cortés que no se fiase de este consejo, porque Cholula era una ciudad muy populosa, de gente poco segura, y que en ella y en las poblaciones de su distrito se alojaban ordinariamente los ejércitos de Motezuma: siendo muy posible que aquel cacique los encaminase al riesgo con siniestra intencion; porque la provincia de Tlascala, por mas que fuese grande y belicosa, tenia confederacion y amistad con los Totonaques y Zempoales que venian en su ejército, y estaba en continua guerra contra Motezuma: por cuyas dos consideraciones seria mas seguro el paso por su tierra: y en compañía de sus aliados perderian los Españoles el horror de estrangeros. Pareció bien este discurso á Cortés: y hallando mayor razon para fiarse de los Indios amigos, que de un cacique tan atento á Motezuma, mandó que marchase el ejército á la provincia de Tlascala, cuyos términos tardaron poco en descubrirse, porque confinaban con los de Zocothlan: y en los primeros tránsitos no se ofreció accidente de consideracion; pero despues se fueron hallando algunos rumores de guerra, y se supo que estaba la tierra puesta en armas, y secreto el designio de este movimiento: por cuya causa resolvió Hernan Cortés que se hiciese alto en un lugar de mediana poblacion, que se llamaba Jacazingo, para informarse mejor de esta novedad.

Dúdase el camino de la marcha.

Motivos que obligaron á ir por Tlascala.

Marcha el ejército á Tlascala.

Era entónces Tlascala una provincia de numerosa poblacion, cuyo circuito pasaba de cincuenta leguas: tierra montuosa y desigual, compuesta de frecuentes collados, hijos, al parecer, de la montaña que se llama hoy la Gran Cordillera. Los pueblos, de fábrica ménos hermosa que durable, ocupaban las eminencias, donde tenian su habitacion, parte por aprovechar en su defensa las ventajas del terreno, y parte por dejar los llanos á la fertilidad de la tierra. Tuvieron reyes al prin-

Descripcion de Tlascala.

Tuvieron reyes en su antigüedad.

cipio, y duró su dominio algunos años, hasta que sobreviniendo unas guerras civiles, perdieron la inclinacion de obedecer, y sacudieron el yugo. Pero como el pueblo no se puede mantener por sí, enemigo de la sujecion, hasta que conoce los daños de la libertad, se redujeron á república, nombrando muchos príncipes para deshacerse de uno. Dividiéronse sus poblaciones en diferentes partidos ó cabeceras, y cada faccion nombraba uno de sus magnates que residiese en la corte de Tlascala, donde se formaba un senado, cuyas resoluciones obedecian. Notable género de aristocracia, que hallada entre la rudeza de aquella gente, deja ménos autorizados los documentos de nuestra política. Con esta forma de gobierno se mantuvieron largo tiempo contra los reyes de Méjico : y entónces se hallaban en su mayor pujanza, porque las tiranías de Motezuma aumentaban sus confederados : y ya estaban en su partido los Otomíes, nacion bárbara entre los mismos bárbaros; pero muy solicitada para una guerra, donde no sabian diferenciar la valentía de la ferocidad.

Redujéronse á forma de república.

Enemigos de los Mejicanos.

Envia Cortés cuatro Zempoales.

Informado Cortés de estas noticias, y no hallando razon para despreciarlas, trató de enviar sus mensageros á la república para facilitar el tránsito de su ejército : cuya legacía encargó á cuatro Zempoales de los que mas suponian, instruyéndolos por medio de doña Marina y Aguilar en la oracion que habian de hacer al senado, hasta que la tomaron casi de memoria; y los eligió de los mismos que le propusieron en Zocothlan el camino de Tlascala, para que llevasen á la vista su consejo, y fuesen interesados en el buen suceso de la misma negociacion.

CAPITULO XVI.

Parten los cuatro enviados de Cortés á Tlascala : dase noticia del trage y estilo con que se daban las embajadas en aquella tierra, y de lo que discurrió la república sobre el punto de admitir de paz á los Españoles.

Como se adornaban los embajadores.

Adornáronse luego los cuatro Zempoales con sus insignias de embajadores : para cuya funcion se ponian sobre los hombros una manta ó beca de algodon, torcida y anudada por los estremos : en la mano derecha una saeta larga con las plumas en alto, y en el brazo izquierdo una rodela de concha. Conocíase por las plumas de la saeta el intento de la embajada, porque las rojas enunciaban la guerra, y las blancas denotaban la paz, al modo que los Romanos distinguian con diferentes símbo-

los á sus feciales y caduceadores. Por estas señas eran conocidos y respetados en los tránsitos; pero no podian salir de los caminos reales de la provincia donde iban, porque si los hallaban fuera de ellos, perdian el fuero y la inmunidad : cuyas esenciones tenian por sacrosantas, observando religiosamente este género de fe pública que inventó la necesidad, y puso entre sus leyes el derecho de las gentes.

Tenian sus inmunidades.

Llegan estos enviados á Tlascala.

Con estas insignias de su ministerio entraron en Tlascala los cuatro enviados de Cortés : y conocidos por ellas, se les dió su alojamiento en la Calpisca; llamábase así la casa que tenian diputada para el recibimiento de los embajadores : y el dia siguiente se convocó el senado para oirlos en una sala grande del consistorio, donde se juntaban á sus conferencias. Estaban los senadores sentados por su antigüedad sobre unos taburetes bajos de maderas estraordinarias, hechos de una pieza, que llamaban yopales : y luego que se dejaron ver los embajadores, se levantaron un poco de sus asientos, y los agasajaron con moderada cortesía. Entraron ellos con las saetas levantadas en alto, y las becas sobre las cabezas, que entre sus ceremonias era la de mayor sumision : y hecho el acatamiento al senado, caminaron poco á poco hasta la mitad de la sala, donde se pusieron de rodillas, y sin levantar los ojos, esperaron á que se les diese licencia para hablar. Ordenóles el mas antiguo que dijesen á lo que venian : y tomando asiento sobre sus mismas piernas, dijo uno de ellos, á quien tocó la oracion por mas despejado :

Son admitidos al senado.

Razonamiento del enviado principal.

« Noble república, valientes y poderosos Tlascal-
« tecas, el señor de Zempoala y los caciques de la
« serranía, vuestros amigos y confederados, os en-
« vian salud : y deseando la fertilidad de vuestras cosechas y
« la muerte de vuestros enemigos, os hacen saber que de las
« partes del oriente han llegado á su tierra unos hombres inven-
« cibles que parecen deidades, porque navegan sobre grandes
« palacios, y manejan los truenos y los rayos, armas reservadas
« al cielo : ministros de otro Dios superior á los nuestros, á quien
« ofenden las tiranías y los sacrificios de sangre humana. Que su
« capitan es embajador de un príncipe muy poderoso, que con
« impulso de su religion desea remediar los abusos de nuestra
« tierra, y las violencias de Motezuma : y habiendo redimido ya
« nuestras provincias de la opresion en que vivian, se halla obli-
« gado á seguir por vuestra república el camino de Méjico, y
« quiere saber en qué os tiene ofendidos aquel tirano, para to-
« mar por suya vuestra causa, y ponerla entre las demas que jus-
« tifican su demanda. Con esta noticia, pues, de sus designios, y
« con esta esperiencia de su benignidad, nos hemos adelantado
« á pediros y amonestaros de parte de nuestros caciques y toda

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

« su confederacion, que admitais á estos estrangeros como bien-
« hechores y aliados de vuestros aliados. Y de parte de su capitan
« os hacemos saber que viene de paz, y solo pretende que le con-
« cedais el paso de vuestras tierras: teniendo entendido que desea
« vuestro bien, y que sus armas son instrumentos de la justicia y
« de la razon, que defienden la causa del cielo: benignas por su
« propia naturaleza, y solo rigurosas con el delito y la provoca-
« cion. » Dicho esto, se levantaron los cuatro sobre las rodillas, y haciendo una profunda humiliacion al senado, se volvieron á sentar como estaban para esperar la respuesta.

Confieren los senadores la respuesta.

Confiriéronla entre sí brevemente los senadores: y uno de ellos les dijo en nombre de todos, que se admitia con toda gratitud la proposicion de los Zempoales y Totonaques sus confederados; pero que pedia mayor deliberacion lo que se debia responder al capitan de aquellos estrangeros.

Mandan á los enviados que se retiren á esperarla.

Con cuya resolucion se retiraron los embajadores á su alojamiento: y el senado se encerró para discurrir en las dificultades ó conveniencias de aquella demanda. Ponderóse mucho al principio la importancia del negocio, digno, á su parecer, de grande consideracion; y luego fueron discordando los votos, hasta que se redujo á porfía la variedad de los dictámenes. Unos esforzaban que se diese á los estrangeros el paso que pedian: otros, que se les hiciese guerra procurando acabar con ellos de una vez: y otros, que se les negase el paso, pero que se les permitiese la marcha por fuera de sus términos: cuya diferencia de pareceres duró con mas voces que resolucion, hasta que Magiscatzin, uno de los senadores, el mas anciano y de mayor autoridad en la república, tomó la mano, y haciéndose escuchar de todos, es tradicion que habló en esta sustancia:

Varios dictámenes de la conferencia.

Toma la mano Magiscatzin.

Ora. agiscatzin á favor de los Españoles.

« Bien sabeis, nobles y valerosos Tlascaltecas, que
« fué revelado á nuestros sacerdotes en los primeros si-
« glos de nuestra antigüedad, y se tiene hoy entre noso-
« tros como punto de religion, que ha de venir á este mundo que
« habitamos una gente invencible de las regiones orientales con
« tanto dominio sobre los elementos, que fundará ciudades mo-
« viles sobre las aguas, sirviéndose del fuego y del aire para
« sujetar la tierra: y aunque entre la gente de juicio no se crea
« que han de ser dioses vivos, como lo entiende la rudeza del
« vulgo, nos dice la misma tradicion que serán unos hombres ce-
« lestiales, tan valerosos, que valdrá uno por mil, y tan benig-
« nos, que tratarán solo de que vivamos segun razon y justicia.
« No puedo negaros que me ha puesto en gran cuidado lo que
« conforman estas señas con las de esos estrangeros que teneis en
« vuestra vecindad. Ellos vienen por el rumbo del oriente: sus

« armas son de fuego, casas marítimas sus embarcaciones: de su
« valentía ya os ha dicho la fama lo que obraron en Tabasco: su
« benignidad ya la veis en el agradecimiento de vuestros mismos
« confederados: y si volvemos los ojos á esos cometas y señales
« del cielo, que repetidamente nos asombran, parece que nos
« hablan al cuidado, y vienen como avisos ó mensageros de esta
« gran novedad. Pues ¿quién habrá tan atrevido y temerario, que
« si es esta la gente de nuestras profecías, quiera probar sus
« fuerzas con el cielo, y tratar como enemigos á los que traen por
« armas sus mismos decretos? Yo por lo ménos temeria la indig-
« nacion de los dioses, que castigan rigurosamente á sus rebeldes,
« y con sus mismos rayos parece que nos estan enseñando á
« obedecer; pues habla con todos la amenaza del trueno, y solo
« se ve el estrago donde se conoció la resistencia. Pero yo quiero
« que se desestimen como casuales estas evidencias, y que los
« estrangeros sean hombres como nosotros: ¿qué daño nos han
« hecho para que tratemos de la venganza? ¿Sobre qué injuria
« se ha de fundar esta violencia? Tlascala, que mantiene su li-
« bertad con sus victorias, y sus victorias con la razon de sus ar-
« mas, ¿moverá una guerra voluntaria que desacredite su go-
« bierno y su valor? Esta gente viene de paz: su pretension es
« pasar por nuestra república: no lo intenta sin nuestra permi-
« sion: pues ¿dónde está su delito? ¿dónde nuestra provocacion?
« Llegan á nuestros umbrales fiados en la sombra de nuestros
« amigos, ¿y perderemos los amigos por atropellar á los que
« desean nuestra amistad? ¿Qué dirán de esta accion los demas
« confederados? ¿Y qué dirá la fama de nosotros, si quinientos
« hombres nos obligan á tomar las armas? ¿Ganaráse tanto en
« vencerlos, como se perderá en haberlos temido? Mi sentir es
« que los admitamos con benignidad, y se les conceda el paso
« que pretenden: si son hombres, porque está de su parte la
« razon; y si son algo mas, porque les basta para razon la vo-
« luntad de los dioses. »

Tuvo grande aplauso el parecer de Magiscatzin, y todos los votos se inclinaban á seguirle por aclamacion, cuando pidió licencia para hablar uno de los senadores, que se llamaba Jicotencal, mozo de grande espíritu, que por su talento y hazañas ocupaba el puesto de general de las armas: y conseguida la licencia, y poco despues el silencio: « No en todos los negocios,
« dijo, se debe á las canas la primera seguridad de
« los aciertos, mas inclinadas al recelo que á la osadía, y mejores
« consejeras de la paciencia que del valor. Venero, como vosotros,
« la autoridad y el discurso de Magiscatzin; pero no estrañaréis en
« mi edad y en mi profesion otros dictámenes ménos desengañados,
« y no sé si mejores: que cuando se habla de la guerra, suele ser
« engañosa virtud la prudencia, porque tiene de pasion todo

Ora Jicotencal contra los Españoles.

« aquello que se parece al miedo. Verdad es, que se esperan entre « nosotros esos reformadores orientales, cuya venida dura en el « vaticinio, y tarda en el desengaño. No es mi ánimo desvanecer « esta voz que se ha hecho venerable con el sufrimiento de los si- « glos; pero dejadme que os pregunte, ¿qué seguridad tenemos « de que sean nuestros prometidos estos estrangeros? ¿Es lo « mismo caminar por el rumbo del oriente, que venir de las re- « giones celestiales que consideramos donde nace el sol? Las « armas de fuego, y las grandes embarcaciones, que llamais pa- « lacios marítimos, ¿no pueden ser obra de la industria humana, « que se admiran porque no se han visto? Y quizá serán ilusiones « de algun encantamento, semejantes á los engaños de la vista, que « llamamos ciencia en nuestros agoreros. ¿Lo que obraron en « Tabasco fué mas que romper un ejército superior? ¿Esto se « pondera en Tlascala como sobrenatural, donde se obran cada dia « con la fuerza ordinaria mayores hazañas? Y esa benignidad « que han usado con los Zempoales, ¿no puede ser artificio para « ganar á ménos costa los pueblos? Yo por lo ménos la tendria por « dulzura sospechosa de las que regalan el paladar para introducir « el veneno; porque no conforma con lo demas que sabemos de « su codicia, soberbia y ambicion. Estos hombres, si ya no son « algunos monstruos que arrojó la mar en nuestras costas, roban « nuestros pueblos: viven al arbitrio de su antojo, sedientos del « oro y de la plata, y dados á las delicias de la tierra: desprecian « nuestras leyes, intentan novedades peligrosas en la justicia y en « la religion, destruyen los templos, despedazan las aras, blasfe- « man de los dioses: ¿y se les da estimacion de celestiales? ¿y se « duda la razon de nuestra resistencia? ¿y se escucha sin escán- « dalo el nombre de la paz? Si los Zempoales y Totonaques los « admitieron en su amistad, fué sin consulta de nuestra república, « y vienen amparados en una falta de atencion, que merece castigo « en sus valedores. Y esas impresiones del aire y señales espan- « tosas, tan encarecidas por Magiscatzin, ántes nos persuaden á « que los tratemos como enemigos, porque siempre denotan cala- « midades y miserias. No nos avisa el cielo con sus prodigios de lo « que esperamos, sino de lo que debemos temer: que nunca se « acompañan de horrores sus felicidades, ni enciende sus cometas « para que se adormezca nuestro cuidado, y se deje estar nuestra « negligencia. Mi sentir es que se junten nuestras fuerzas, y se « acabe de una vez con ellos, pues vienen á nuestro poder señala- « dos con el índice de las estrellas, para que los miremos como « tiranos de la patria y de los dioses: y librando en su castigo la « reputacion de nuestras armas, conozca el mundo que no es lo « mismo ser inmortales en Tabasco, que invencibles en Tlascala. »

Hicieron mayor fuerza en el senado estas razones que las de Magiscatzin, porque conformaban mas con la inclinacion de aque-

lla gente criada entre las armas, y llena de espíritus militares; pero vuelto á conferir el negocio, se resolvió, como temperamento de ambas opiniones, que Jicotencal juntase luego sus tropas, y saliese á probar la mano con los Españoles: suponiendo, que si los vencia, se lograba el crédito de la nacion; y que si fuese vencido, quedaria lugar para que la república tratase de la paz, echando la culpa de este acometimiento á los Otomíes, y dando á entender que fué desórden y contratiempo de su ferocidad: para cuyo efecto dispusieron que fuesen detenidos en prision disimulada los embajadores zempoales, mirando tambien á la conservacion de sus confederados; porque no dejaron de conocer el peligro de aquella guerra, aunque la intentaron con poco recelo: tan valientes que fiaron de su valor el suceso; pero tan avisados, que no perdieron de vista los accidentes de la otra fortuna.

Resuélvese la guerra contra los Españoles.

Cautela de que usaron para romperla.

Detienen los enviados zempoales.

CAPITULO XVII.

Determinan los Españoles acercarse á Tlascala, teniendo á mala señal la detencion de sus mensageros: pelean con un grueso de cinco mil Indios, que los esperaban emboscados; y despues con todo el poder de la república.

Ocho dias se detuvieron los Españoles en Jacazingo esperando á sus mensageros, cuya tardanza se tenia ya por novedad considerable. Y Hernan Cortés, con acuerdo de sus capitanes, y parecer de los cabos zempoales, que tambien solian favorecerlos, y confiarlos con oir su dictámen, resolvió continuar su marcha, y ponerse mas cerca de Tlascala para descubrir los intentos de aquellos Indios: considerando que si estaban de guerra, como lo daban á entender los indicios antecedentes, confirmados ya con la detencion de los embajadores, seria mejor estrechar el tiempo á sus prevenciones, y buscarlos en su misma ciudad, ántes que lograsen la ventaja de juntar sus tropas, y acometer ordenados en la campaña. Movióse luego el ejército puesto en órden, sin que se perdonase alguna de las cautelas que suelen observarse cuando se pisa tierra de enemigos: y caminando entre dos montes, de cuyas faldas se formaba un valle de mucha amenidad, á poco mas de dos leguas se encontró una gran muralla, que corria desde el un monte al otro, cerrando enteramente el camino: fábrica suntuosa y fuerte, que denotaba el poder y la grandeza de su dueño. Era de piedra labrada por lo esterior, y unida con argamasa de rara tenacidad. Tenia veinte pies de grueso: de alto,

Marcha Cortés la vuelta de Tlascala.

La gran muralla de los Tlascaltecas.